

## LOS DESCARTADOS EN LA PEDAGOGÍA DEL OPRIMIDO

Julio Rogero Anaya

**Para “Espai Freire. Paraules per a la lliberament”**

31 de marzo

En la relectura de “La pedagogía del oprimido” me he encontrado hoy con el mismo interrogante que me hice la primera vez, al principio de los años setenta. A la vez leí “La educación como práctica de la libertad”, ayudándome a optar por la implicación de mi vida en la apuesta por esa educación liberadora. En aquellos momentos fijaba, aunque de forma un tanto tardía, mi opción por insertarme en los procesos de liberación social y política que también se vivían en nuestro país. Desde entonces, la pregunta por los oprimidos, y las opciones éticas y políticas que conlleva, han sido una constante en mi visión de la vida y en el intento de mantener un compromiso con la transformación liberadora de la sociedad. Entendí, y sigo entendiéndolo así: la educación juega un papel central en los procesos emancipatorios de todos los seres humanos. En el centenario del nacimiento de P. Freire se reaviva la mirada lectora del mundo para redescubrir nuevamente la condición de opresores y oprimidos en que se sitúan nuestras vidas y las vidas de una parte muy importante de la humanidad.

Creo que esos oprimidos de hoy son los mismos de entonces, con el añadido de los incrementos interminables de los que siguen siendo expulsados de una vida digna. En la creciente desigualdad y en las nuevas formas de opresión aparecen unas figuras humanas que son la expresión de este sistema capitalista salvaje y criminal. Hoy existen, y son una colectividad cada vez mayor, los descartados del sistema capitalista de producción y consumo. Esos son los que no le sirven ni para ser explotados (los inservibles, los sobrantes) y los que son esclavizados hasta límites inimaginables de inhumanidad. En ese colectivo están los emigrantes “ilegales”, los parados de larga duración, los ancianos abandonados, los nadie, los nada, los expulsados del mundo laboral, los desechos humanos, los discapacitados y dependientes pobres, los sin techo. Son los despojados de los derechos humanos, los que han sido expropiados de la palabra que les hace humanos, las víctimas de todas las crisis sistémicas e interconectadas. Son los que viven en sus carnes la violencia brutal de las guerras, las víctimas de todas las violencias, de la expulsión de sus tierras por el cambio climático y de la reconstrucción casi imposible de sus vidas en nuevos territorios hostiles. Son las víctimas de la insensibilidad y la insolidaridad de la humanidad instalada en posiciones de poder y bienestar. En definitiva son los que encarnan lo que Bauman llama “las vidas desperdiciadas” y Freire incluye en los “oprimidos” por su explotación del sistema capitalista, el colonialismo y el patriarcado, y por su liquidación en una muerte planificada. Nosotros formamos parte de esos insensibilizados. Cambiar nuestra posición vital, poner nuestra mirada en ellos para compartir con ellos su dolor, sus luchas y sus esperanzas es un imperativo ético y político si no queremos seguir siendo conniventes con los opresores. Es el imperativo de la pedagogía del oprimido y de las víctimas del colapso brutal al que nos está llevando el capitalismo en todas sus modalidades y dimensiones abarcadoras de toda la realidad.

Quienes nos movemos en el ámbito de la educación sabemos que las personas que se encuentran en esas situaciones de muerte en vida, generalmente han vivido y viven en un sufrimiento que les sitúa entre la lucha por cambiar su situación y el más absoluto abandono de los demás. Me sigo preguntando ¿qué puede hacer la educación y los que estamos en ella, para que los descartados-oprimidos puedan incorporarse a una vida digna? ¿Cómo se suma a los “condenados de la tierra” a procesos educativos desde los que se puedan agarrar a la vida de nuevo? ¿Qué es lo que puede llevarles a ir más allá de la pura supervivencia y salir de los engranajes de la violencia en que sus vidas han sido atezadas, sino la educación? Muchos han sido privados de educación y así se les ha condenado a muerte en vida.

El sistema capitalista neoliberal no espera nada de los seres humanos inexplotables, solo que desaparezcan sin dejar rastro. Les ignora e invisibiliza porque están fuera del circuito de la propia autoexplotación que nos exige la sociedad del rendimiento. Además pretende (y suele lograr) que pierdan la fe en sí mismos y se autoeliminen. Viven situaciones desesperadas que les llevan a jugarse la vida y a perderla. Así enmudecen y son silenciados. Se le ha robado la palabra con la que se construye la dimensión central del ser humano, su dialigicidad ( P del O, p.87). Casi nadie cree en ellos y ellos han perdido la esperanza de que puedan recuperar la fe en sí mismos y en los demás. Por ello también se les descarta para poder dialogar. Solo dialogan, en el mejor de los casos, con la tentativa constante de comprensión de su propia situación de expulsión de la vida digna de ser vivida a la que tienen derecho, pero que han sido despojados de la esperanza de que para él eso sea posible.

En la pedagogía del oprimido, hoy del descartado y del nadie, es preciso que se reconozca a sí mismo como valioso para poder decir su palabra y establecer un diálogo irrenunciable con los demás oprimidos. Y así, desde esa palabra rescatada y liberada, poder conquistar progresivos y ampliables espacios de libertad y de realización humana.

Desde la pedagogía crítica y liberadora hemos de pronunciarnos sobre esta lacerante injusticia e inhumanidad de la que la educación de los opresores, en “la escuela del capitalismo total” en la que vivimos, es también responsable. Tenemos un sistema educativo que sigue modelando a los oprimidos con la educación “bancaria” del opresor, para que nunca tomen conciencia de su situación y nunca se revelen para crear procesos de liberación personal y colectiva. Es en la escuela pública liberada y liberadora donde es imprescindible e ineludible dar visibilidad a esos que han sido invisibilizados, donde han de ser escuchados en su clamor silenciado, porque “Enseñar exige saber escuchar” (Pedagogía del diálogo) y saber también que “nadie libera a nadie, ni nadie se libera solo. Los hombres se liberan en comunión”. ¿Dónde y cómo encontramos hoy en el mundo de la educación la compasión necesaria para hacer real la comunión (común-unió) que nos libera? ¿Sabremos conectar nuestros conocimientos, sentimientos y acciones con la realidad de los oprimidos de hoy cuando unos estamos en el centro de la connivencia con la sociedad satisfecha e insensible y otros, los descartados y los nadie, están en las afueras a las que sólo llegan nuestros desperdicios y nuestras sobras?. ¿Cómo “la pedagogía del oprimido” puede llevarnos a

esa necesaria comunión con los que hemos identificado como “otros”, si no los identificamos como parte del “nosotros” que hemos de configurar a través de la pedagogía-antropología-filosofía que nos aporta Freire en todo su obra?. ¿Sabremos comprometernos con su causa en un mundo que nos tiene absortos con el espectáculo de las pantallas y la promesa de salvación de la filantropía de los opresores?. ¿Cómo incorporamos hoy a la “pedagogía del oprimido” los atisbos de las pedagogías enunciadas por P. Freire y que seguimos descubriendo como necesarias para una sociedad fraterna, igualitaria y libre?. ¿Cómo incorporamos la educación liberadora a nuestros sistemas educativos ocupados por los que dominan, desde un poder invisible, los mecanismos opresores de este capitalismo digital y de vigilancia en el que, además, estamos poniendo todas nuestras esperanzas de salvación? Es muy importante que retomemos todas las aportaciones de Freire y las releamos y situemos en la emergencia civilizatoria de nuestro mundo de hoy, afectado para la pandemia del Covid 19, que cabalga sobre todas las demás crisis interrelacionadas que vivimos: ecológicas, migratorias, económicas, políticas, humanitarias, de cambio climático, desigualdad creciente, racismo estructural....

Desde hace tiempo le doy muchas vueltas a la escuela del cuidado mutuo, a la educación en y para la incertidumbre, a la pedagogía de la vulnerabilidad y la fragilidad humana, a la pedagogía del sujeto liberado y situado, de la pedagogía de la espera y la esperanza... con el trasfondo de las exigencias de la sociedad neoliberal y neoconservadora que nos quiere imponer el deber de ser feliz, de competir despiadadamente, de rendir autoexplotándonos como esclavos voluntarios, de ser individualista culpables de nuestro fracaso, de...

Es necesario tomar conciencia de que en cualquier momento podemos ser ellos, igualmente precarios, descartados, inútiles y nadies. Es la experiencia de muchas personas que han pasado a vivir en las colas del hambre durante las crisis económicas y la pandemia actual. Hoy la opresión está difuminada, no sabemos dónde está el opresor porque no se le detecta. Pero sí vemos sus consecuencias. La educación ha de mostrar cómo hay quien causa y son los causantes de estas vidas ninguneadas y destruidas.

La educación implica el reconocimiento de la interrelación y el diálogo-conversación con nosotros mismos, con los demás, con la sociedad de hoy, con la naturaleza para la comprensión de la realidad, nombrarla y poder significarla junto a los demás viviendo los procesos de toma de conciencia y de liberación que necesitamos para ser personas-sujetos de nuestras vidas compartidas y compasivas.

Me da vergüenza hablar de todo esto, mientras disfruto de la belleza de un inmenso cielo azul de una tarde de primavera en el patio de mi casa. A la vez que me siento un privilegiado —es parte de las muchas contradicciones en que vivo—, sigo con mi interrogante permanente: ¿hago lo que debo y lo que puedo para insertarme en las dinámicas liberadoras que me exige la pedagogía de los oprimidos del 2021, año del centenario de Freire?. Tuve al privilegio de convivir con él tres días en un pueblecito castellano unos años antes de su muerte. Permanece en mí el recuerdo de una persona sencilla, cercana, alegre, enamorada y sabia de la que todos queríamos beber.

Unos treinta años después de aquel encuentro, permanece en mi la convicción de que comprender el mundo y del ser que somos no conlleva vivir en el lamento, en la depresión, en la resignación y en la negatividad. Más bien al contrario, la conciencia de esa reconocimiento comporta la necesidad de dar valor a la interdependencia y a la fuerza del compartir, de la solidaridad y la fraternidad. También nos hace tomar conciencia de la alegría de vivir y de la fiesta en el encuentro en la diversidad, de la poesía y la contemplación de la belleza, del agradecimiento y la compasión como pasión por la vida digna de todos.

Maestro jubilado, del MRP Escuela Abierta y del Foro de Sevilla.